



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

LA MASAJISTA

Un compañero de oficina, guiñándole un ojo, le regaló una caja de cerillas «de propaganda». Decía su inscripción: «Elizabeth, Masajista y manicura»... y un número de teléfono. La llamada tenía el sabor de la aventura. Una voz femenina, cálida, le informó del horario de los servicios. Advirtió a su mujer que llegaría tarde a casa y se presentó en la dirección que le dieron. «Masajista o manicura», le preguntó una agraciada señorita en el solitario hall de recepción. Eligió lo primero, por mera intuición. Una oronda matrona, de aspecto nórdico, fuerte y energética le atendió. Le hizo desnudarse casi por completo. Superado el bochorno, se sometió a sus masajes. Fue algo horrible. Cuando la buena señora hubo terminado se sentía totalmente defraudado. Esperaba otra cosa. En el hall pagó y preguntó por los servicios de manicura. La señorita le indicó que bajara a la calle y que en la peluquería de la esquina le atendería una señorita. Confuso y abochornado se fue sin decir «adiós».

EL PANTANO

No había otra elección. El pueblo quedaría próximamente sumergido por las aguas del nuevo pantano y tenían que irse... Les habían construido otro pueblo nuevo a veinte kilómetros de distancia. Un anciano del lugar se mostró disconforme y reacio. No atendió a razones y ni corto ni perezoso se subió con provisiones a la torre del campanario. Moriría ahogado. El alguacil por poco murió descalabrado cuando intentó subir para detenerlo. Pensaron que lo mejor sería dejarlo. Al verse solo bajaría por propia iniciativa. No bajó. Y quienes volvieron a por él arrojaron grandes peligros, pues arrojaba grandes pedruscos sobre sus cabezas. Le dejaron por imposible... No se hizo el pantano por falta de presupuesto y cambio de planes. Volvieron todos sus habitantes de nuevo con sus enseres y bártulos a ocupar sus viviendas al cabo de tres meses de ausencia. Encontraron el cadáver del anciano en un pozo. Calcularon que llevaba dos meses allí abajo. Todo hacía suponer que quiso beber agua y se cayó al intentar llenar el cubo. Quién más, quién menos, pensó que había muerto como quería.

AGENDA DE UN BURGUES

«Cerca del lugar donde trabajo, he encontrado sitio para aparcar el coche. Cuando me disponía a realizar la maniobra oportuna, otro coche, rápidamente, ha ocupado la plaza. Le he tocado el claxon pero no se ha inmutado. Me he bajado y le he abordado cuando se disponía a marcharse. Era un joven de aspecto anifado. «Llévese el coche o le parto la cara». No me ha hecho caso. Le he partido la cara. Un transeúnte ha intentado salir en su defensa. Confieso que me he portado salvajemente con él, pero confío en que el Señor habrá sabido perdonarme. Luego la maniobra de aparcamiento me ha salido bien a la primera intentona. Buena señal. De todos modos, desde mañana he decidido recibir lecciones de «Karate» por lo que pueda pasar».

NEMORINO



ME acaban de desmontar mi aparato de propaganda. Lo tenía perfectamente disimulado, como enseñan en los cursillos que sobre estas cuestiones dan diversas escuelas reconocidas internacionalmente, como C. C. C., Afha, Radio Maymó. Era un aparato dialécticamente hecho a las duras y a las maduras, que tenía para cada momento la respuesta precisa, la iniciativa genial. Buenas campañas que nos hicimos mi aparato y yo. Aunque sea un poco presuntuoso por mi parte, pero no puedo dejar de citar, por ejemplo: cuando aprobé la Revólida de Cuarto; cuando me licenciaron en la mili; cuando tuve mi primer hijo... El aparato de propaganda fue puntualmente llevando la noticia a todas partes, alegrándose de ella, dándole con ella en las narices al enemigo, siempre oculto y disfrazado de



MI APARATO DE PROPAGANDA

cordero o de lobo, según los casos.

De aquí en adelante, no tendré aparato de propaganda. Será una lástima. Cuando gane un premio literario, cuando me toquen las quinielas (si es que

alguna vez juego), cuando me elijan vocal de algo, el enemigo no podrá roerse para sus adentros.

Porque me acaban de desmontar mi aparato de propaganda. No era una multicopista, ni dos máquinas de escribir, ni cinco mil folios en blanco, ni tres tubos de tinta. Era un vejete la mar de simpático, que me escribía cada vez que uno triunfaba en algo y que me ponía por las nubes en la barbería, en el bar de la esquina, en el autobús, en la cola del cine. El vejete simpático se ha muerto con estos fríos. Mi organización ha quedado sin aparato de propaganda. Y es una pena. Porque esto de escribir no da como para montarse un aparato de propaganda de verdad, como esos que después salen en el Telediarío. ■ BURGOS.

